

cierto, para mí, es que no hay caridad sólida y sincera, fuera de la caridad cristiana.

Quiero, para terminar, darle las gracias á Mr. de Broglie por el buen rato que me ha hecho pasar con su hermoso libro. Porque ciertamente el grande hombre cuya historia nos relata, es figura de interés muy superior á la de tal ó cual dama aristocrática, que por haber fundado unas cuantas plazas gratuitas en un hospital quiere ser condecorada como un veterano; ó á la del banquero millonario, que cuando ha enviado á los pobres una parte de los beneficios de su última jugada de Bolsa, lo anuncia á son de trompeta en todos los diarios.



XIV

La fiesta de Juana de Arco

Dicen—¿será verdad?—que va á instituirse una fiesta en honor de Juana de Arco; quiero decir una fiesta oficial y periódica, porque la Iglesia en Francia ha dedicado ya al recuerdo de la heroína solemnes y conmovedores cultos.

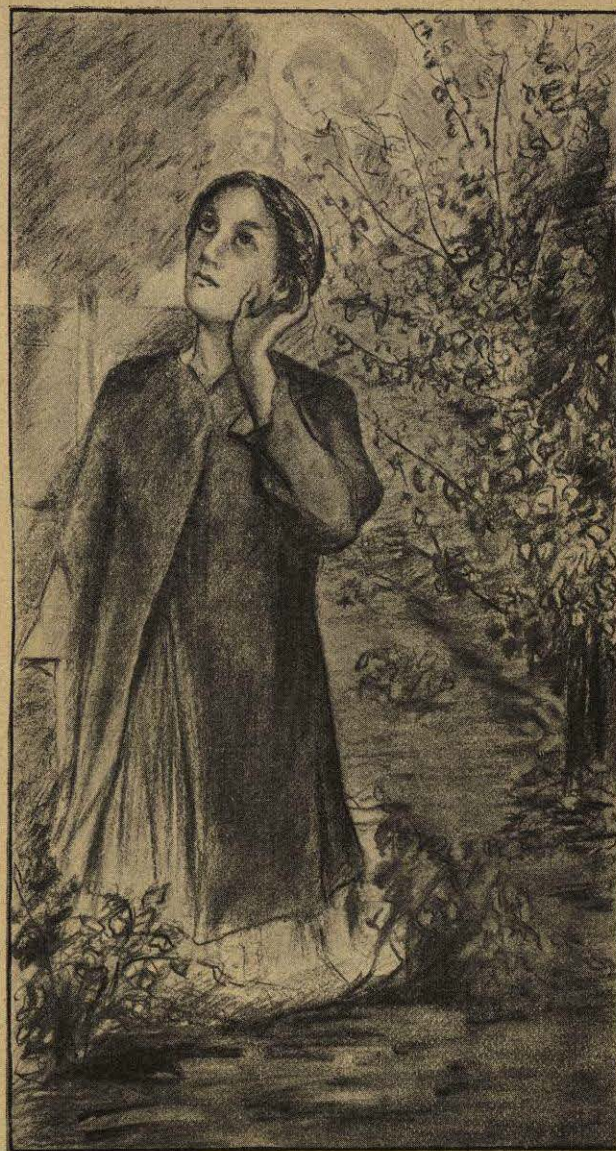
Como no puede pretenderse, so pena de caer en el mayor ridículo, *laicizar* á la doncella quemada por los ingleses en Roán, la fiesta será á la vez patriótica y religiosa. Por la mañana habrá, sin duda, misa so-

lemne en Notre-Dame; por la tarde, gran parada militar; y por la noche, después de los cánticos del Mes de María—la fiesta ha de ser en Mayo,—se añadirá un hermoso discurso dedicado á Juana, después del cual los fieles irán á ver los fuegos artificiales.

Congratulémonos de tan feliz acuerdo, ya que no son frecuentes las ocasiones de ver á todos nuestros compatriotas inflamados por un sentimiento unánime y vibrante, como lo es nuestra profunda y tierna veneración á la doncella de Orleans.

Es un verdadero culto, para hablar con propiedad, el que hemos consagrado á la humilde campesina de Domrémy, que, arrodillada en el huerto de su casa, á la sombra del campanario parroquial, pensaba en las desdichas de su patria y daba oídos á las voces misteriosas, mensajeras de la misión divina que se le confiaba de arrojar de Francia á los invasores. Ella es para nosotros el símbolo de la esperanza inquebrantable en el triunfo definitivo de la patria. Y cuanto mayor es la desdicha y tristeza de nuestra vida nacional, con tanto más ardor acariciamos el recuerdo de la heroica doncella.

La época presente no puede ser más desgraciada y sombría. Vencidos hace veintisiete años, después de una resistencia honrosa y obstinada, pero—confesémoslo francamente—bien poco gloriosa, no nos hemos aprovechado, como hubiera podido esperarse, de una lección que nos costó tan cara.



Porque, además de no haber hecho el menor esfuerzo para reconquistar los territorios perdidos, una vez resignados á mantenernos á la defensiva, no hemos sabido siquiera conquistar la prosperidad interior, el orden y la concordia entre nosotros mismos. La historia, no cabe dudarlo, juzgará con bastante severidad este cuarto de siglo gastado únicamente en pronunciar estériles discursos. Pero los momentos presentes son verdaderamente críticos; y no hay ningún francés digno de este nombre que, ante el espectáculo de las luchas fratricidas que nos arrastran á un cercano cataclismo social, no piense con angustia en nuestros enemigos, que nos contemplan con regocijo, y en nuestros aliados, que dan muestra de desconfianza y frialdad crecientes.

En la dolorosa situación actual, lo único que puede comunicarnos un poco de valor y de esperanza es volver los ojos á lo pasado, recordando que nuestra patria ha salido triunfante de otras crisis más difíciles. Es para nosotros un verdadero consuelo ver surgir del fondo tenebroso y sangriento del siglo décimo quinto, en medio de un pueblo extenuado por cien años de guerra, la radiante figura de la Doncella de Orleans, que, sólo con blandir su espada, aterroriza y vence «al enemigo», llevando al ejército francés de victoria en victoria.

Al considerar el lastimoso estado del reino en el momento de aparecer la virgen guerrera, y al obser-

var que pocos años después, al fin del reinado de Carlos VII, los ingleses no conservan más que la plaza de Calais, enmudecemos de admiración y negamos á los más pesimistas el derecho de desesperar de un pueblo en cuyo seno ha podido realizarse tal milagro.

He dicho milagro, y me confirmo en la expresión, pues nada semejante se encuentra en la historia de ningún otro pueblo. En Michelet, á quien nadie acusará de clericalismo, he leído el relato de este prodigioso episodio; y cuanto más reflexiono, más me parece descubrir en él una intervención sobrenatural.

¡Un milagro! No ha mucho que ante esta palabra yo me habría encogido de hombros neciamente. Por no haber visto nunca ninguno con mis propios ojos, negaba en redondo que los hubiera, sin tener en cuenta esta verdad elemental: que si hay un Dios—lo cual jamás puse en duda,—si Dios es omnipotente, como Creador de todo lo visible y lo invisible, ha de ser superior á las leyes del mundo físico, que son obra suya, y nada ha de serle imposible. Ahora mi orgullo ya se ha rendido. Un día sentí sobre mi frente el soplo de la muerte, y en mi alma se despertó el horror á la nada ultraterrena y la necesidad de creer en una vida futura y perdurable. Entonces volví á leer el Evangelio, lo leí como debe leerse, con sencillez de corazón y espíritu confiado, y en cada página, en cada palabra del libro sublime vi resplandecer la verdad.

Hoy creo firmemente en todos aquellos milagros, descritos y atestiguados por los evangelistas con una seguridad, sencillez y precisión de pormenores, en que brilla con inconfundibles destellos la más absoluta sinceridad.

Sí; Jesús devolvió la vista á los ciegos, el oído á los sordos, el movimiento á los paralíticos, la vida á los muertos. Derramó pródigamente sus beneficios maravillosos á su paso por el mundo, para probar que era Hijo de Dios vivo y sentar los fundamentos de la religión en que, desde hace mil novecientos años, encuentran la paz del alma todos los hombres de buena voluntad. Esta fe en Jesucristo, que he vuelto á encontrar—y lo digo así porque ya la recibí en la infancia,—quiero guardarla y fortalecerla siempre sin desfallecer, sin acobardarme en los momentos de flaqueza. Porque si alguna vez vacilo y temo, como San Pedro al andar sobre las olas, Vos sabéis, Señor, que quiero seguivos, y allí estáis Vos dispuesto siempre á sostenerme.

Esta fuerza milagrosa que emanaba de Jesús, cuando vivió entre los hombres, la dejó Él en herencia á sus discípulos, y la comunica alguna vez á sus elegidos, en menor proporción, sin duda, pero siempre con virtud sobrenatural. En la vida de Juana de Arco me parece ver señales indudables del poder divino á que me refiero.

Digan lo que quieran los escépticos de hospital y

los filósofos de clínica: en nuestra heroína no hay ningún síntoma de perturbación nerviosa. Todas las palabras de Juana que han llegado hasta nosotros respiran la más ardiente piedad, pero revelan al propio tiempo un criterio sereno y una cordura completa. Nada hay en ella que dé motivo á suponerla alucinada. Tiene apariciones y oye voces misteriosas; pero San Miguel y Santa Margarita le hablan en lenguaje bien claro, y le transmiten órdenes formales, tales como: dejar su país y familia, ir al encuentro del Delfín, obligar á los ingleses á levantar el sitio de Orleans y hacer coronar al rey Carlos en Reims. Esta empresa—imposible, absurda, si se considera de qué medios dispone la pobre pastora,—es llevada á cabo con una perseverancia y fuerza de ánimo verdaderamente sobrehumanas.

Además, ciertos actos de Juana de Arco tienen un carácter evidentemente milagroso. Sin la menor vacilación se dirige al rey, á quien jamás había visto, y le reconoce entre un nutrido grupo de trescientos palaciegos. Manda que le traigan una espada, escondida bajo un altar de una iglesia, situada en una comarca que nunca ha visitado. Demuestra, además, poseer el don de profecía: no solamente anuncia el buen éxito de su empresa, sino que, después de la consagración efectuada en Reims, manifiesta viva repugnancia á continuar guerreando, porque las voces sobrenaturales no le han ordenado nada para lo sucesivo; prevé

las desdichas que le esperan y anuncia su próxima muerte.

Mal que pese á los incrédulos, que se sonríen, al oír hablar de milagros, la vida de Juana de Arco es toda ella un gran milagro.

Su santidad es contagiosa. Los caudillos que combaten á su lado, Dunois, Xaintrilles, La Hire, hombres crueles, viciosos y avezados á todo género de violencias, se rinden á su influjo y se vuelven buenos, piadosos y castos, sucediendo lo mismo con sus rudos soldados.

No creo que sea una irreverencia el recordar continuamente la Sagrada Escritura, al leer la vida de Juana de Arco. Cuando Dios le confía su difícil misión, obedece inmediatamente, sin vacilar, como la Virgen al ángel Gabriel, y parece decir á ejemplo suyo: *Ecce ancilla Domini*. En Poitiers, interrogada por sutiles teólogos, que la miran con el mismo recelo que á una hechicera, contesta sin turbarse á las preguntas más capciosas, y, como el niño Jesús ante el Sanhedrín, confunde á los doctores con la sabiduría de sus respuestas. Cuando arroja á palos á los rufianes que siguen al ejército, paréceme ver al Salvador, blandiendo el azote sobre los cambiantes de moneda y sobre los mercaderes de reses y palomas, sacrílegamente instalados en el recinto del templo.

¿Cómo no evocar, sobre todo, las escenas de la Pasión, recordando el cautiverio, el proceso y la muer-

te de Juana? También ella, como Jesús, fué vendida traidoramente. El *señor* de Ligny, nuevo Judas, entrega por algunas monedas á su prisionera de guerra en manos del duque de Borgoña; lo que equivale á ponerla en poder de los ingleses; y diríase que el obispo de Beauvais, representante de éstos, es la propia reencarnación del alma vil de Caifás. Finalmente, con una cobardía tan culpable como la de Pedro en el Pretorio, el rey Carlos, que le debe la corona, la abandona á su triste suerte, sin hacer el menor esfuerzo por salvarla.

No insistamos más sobre el crimen de Roán, que constituye una vergüenza para dos grandes naciones. Si Inglaterra lo llevó á cabo con perfidia y ferocidad, Francia se hizo cómplice del mismo con su ingratitude; y la negra columna de humo que se elevó el 30 de Mayo de 1431 en la plaza del Vieux-Marché, manchó á un tiempo los leopardos y las flores de lis.

¡La fiesta de Juana de Arco! Es una idea magnífica que, á no dudarlo, merece el aplauso más entusiasta.

En ese día, gozando de los encantos de un cielo primaveral, el pueblo francés se entregará á honrados festejos y recordará con noble orgullo que su misma sangre es la que corrió por las venas de la intrépida virgen de Domrémy.

Desfilarán las tropas y se rendirán las banderas ante la estatua de la pura y valiente doncella, inmolada en la flor de su edad, después de haber puesto tan alta su enseña libertadora.

Y nosotros, los cristianos, iremos á postrarnos ante la Cruz, que ella llevó siempre como emblema en su escudo, y pediremos á nuestra heroica virgen, santa y mártir, que ruegue á Dios por la grandeza y la gloria de Francia.



XV

El Miércoles de Ceniza

En el cementerio de Elseneur, Hamlet, después de arrojar con asco el cráneo del infeliz Yorick, prosigue sus fúnebres meditaciones y va siguiendo con la imaginación las cenizas de Alejandro Magno, hasta que las encuentra tapando la piqueta de una barrica.

—Aquí tienes, le dice á Horacio, el paradero de los hombres: Alejandro murió, fué enterrado y se convirtió en polvo; el polvo se mezcla con la tierra, de ésta sacamos la arcilla... ¿y quién nos dice que el polvo de Alejandro no forma parte de la arcilla con que tapamos un barril de cerveza ó rellenamos un agujero de la pa-